

cado en el lomo de la cordillera, con sus calles extraviadas en la niebla, por donde pasa la carretera que lleva a La Pintada, al río Cauca, y luego a Cali y al mar... Desde Caramanta se ven los Farallones del Citará, con sus tormentas eléctricas que en las noches alumbran el ámbito encajonado de las montañas a cada instante, haciendo estremecer todas las cosas. Detrás de los Farallones están las selvas del Chocó, y más allá está también el mar... Tal vez porque de niño este poeta percibió desde las cumbres la posibilidad de un mundo más allá, su poesía siempre ha recurrido al viaje como un destino, como una forma de ser y de estar en el mundo. Eso, y el amor a su padre y su oficio, que fue el de trasegar por esas carreteras que se abren paso peligrosamente por entre ese paisaje de abismos de cordillera que es con tanta frecuencia el nuestro, el primer libro de Quintero se llamó *De viaje*, y lo publicó la colección Simón y Lola Guberek. Posteriormente la Editorial Magisterio publicó *Hay que cantar*, su segundo libro de poemas. Siempre su voz ha sido una voz resuelta, que ha hablado en el mismo tono, y que encuentra lo suyo entre las cosas nimias y cotidianas. Por supuesto que su oído se ha ido afinando, y que hay una mayor soltura en la melodía en estos últimos poemas, pero su interés principal no ha sido una búsqueda a través de distintos caminos. No. Lo de él son canciones —pues ese tono de cosas nombradas en medio de viajes en la noche de la carretera está emparentado con lo mejor de la canción popular— elevadas casi como plegarias. No gratuitamente, el primer poema del libro se llama *Canción del chofer en el parabrisas*, y más adelante, en la página 73, nos encontramos con *Oración del chofer*. Pero es básicamente el paisaje, el hombre en el paisaje, el viajero en el paisaje, el protagonista de este libro. El paisaje como descripción, como estado de ánimo y, sobre todo, como reflexión. Y es en ese sentido que este libro pertenece a una tradición nada desdeñable en la poesía colombiana. Desde Juan de Castellanos y su

pormenorizado inventario en las *Elegías de varones ilustres de Indias*, pasando por Aurelio Arturo, Álvaro Mutis y otros más, hasta llegar a José Manuel Arango, de quien es fácil reconocer ciertos cortes, ciertos giros deliberados. Se inscribe, pues, Quintero en esa tradición que tanto ha dado a nuestras letras. Con cuánta morosidad y agudeza nos habla del derrumbe, de los hombres que orinan contra las llantas de un bus en la madrugada, del Alto de las Ánimas, del río Samaná, del montallantas, de los ciclistas que vuelan sobre la carretera con los brazos sueltos del manubrio, del mar no visto, de tantas cosas de las que el viajero es compañero permanente... Y también de la fruta que alguien pela en el trayecto nocturno y que impregna con su aroma todo el bus, del que en el viaje vislumbra un petirrojo entre el follaje, o de quien ve a la vendedora de frutas en el puente del río, pero asimismo de los muertos esparcidos en el pavimento, como recordándonos que toda travesía es riesgosa. Para quienes hemos recorrido esos mismos parajes, es revisitarlos acompañados por una nueva e incitante mirada; para quien no los conozca; es tal vez adentrarse en una aventura que va más allá de la geografía.



Repito que hay que celebrar esta colección de la Universidad Nacional, y que hay que hacerlo muy especialmente con este bello libro de Robinson Quintero, pues en sus sutiles reflexiones, en sus observaciones dichas como canciones cantadas cavando en la niebla de una carrete-

ra, está cifrada gran parte de nuestra esencia como hombres que nos sabemos hijos de un paisaje.

FERNANDO  
HERRERA GÓMEZ

## La creación de un objeto desconocido

### Voces de Baguí

Alberto Vélez

Ediciones Mariposa Verde, Manizales,  
2004, 60 págs.

Provistos de una influencia oriental en su confección, los poemas de *Voces de Baguí* encierran una gran profundidad en pocas palabras. Nos permiten conocer una parte del mundo a veces invisible: lo cotidiano, lo simple, lo sencillo, el paisaje, la palabra, la oración, la curiosidad, la vida resistente, el olvido, el peligro, el recuerdo extraviado, el sonido, la invasión, la trampa, la historia de la muerte, el sueño, la pesadilla, los ritos, la máscara, los héroes, el destino del río, la presencia de los cadáveres, el libro sagrado, la aventura, la guerra, la huella de Dios, el lenguaje, el silencio, el amor, el designio.

De naturaleza altamente poética, están colmados de sensibilidad, asombro y elocuencia. Su lección es la brevedad, donde lo más importante es lo que se sugiere. Como requieren el manejo de la alusión, de la sensación, los presentes poemas nombran al mundo y provocan asociaciones íntimas con el lector, exaltación de los pequeños dramas que ocurren en nuestro interior y exterior.

El mérito del libro es alejarse de la superficialidad de ciertas composiciones breves que pululan en el ámbito colombiano. Ve la necesidad de profundizar en la relación del hombre con el mundo, con el convencimiento de que la poesía,

cualquiera que sea su extensión, debe ser trascendente, vital. Para tal fin, *Voces de Baguú* invita a la reflexión, pues posee una intención filosófica, incluso mítica y religiosa. Leamos como ejemplo el siguiente poema:

*Durante generaciones hemos cultivado el olvido. Hoy nuestro lenguaje es escaso pero excesivo. La palabra es máscara y cárcel: nos disfraza y nos ata.*



Observamos aquí la afirmación de una cualidad del lenguaje: el exceso, por lo que el poeta propone la brevedad y al mismo tiempo la memoria. Alberto Vélez sabe, con ese propósito, lo que es la brevedad. No son las imágenes iniciáticas o fugitivas; el lenguaje que se encierra con deficiencia o carencia en pocas palabras; las frases que se reprimen para salir, articularse, actuar o participar en el poema; el afán implícito de la enunciación; la moderación de un modo de decir; la simple “economía de recursos”; la eliminación de “afeites innecesarios”; la circunspección; el esquema veloz; la temporalidad encarcelada; el ascetismo controlado o la creación silvestre, espontánea, automática, sin aptitud ni talento. La brevedad no es la enunciación corta, pequeña, sucinta o instantánea por sí sola, ni la frase limitada, lacónica, reducida, apretada o transitoria, configurada de tal manera con toda premeditación.

¿Cómo aparecen la brevedad y la síntesis como atributos de la expres-

sión poética, cuya clara muestra son las *Voces de Baguú*?

Es de nuestro conocimiento que la poesía es movimiento, devenir. La fecundidad se da por el cambio, la variación, que al mismo tiempo es conmoción, alteración, evolución y mudanza. Es el río, cercano al bosque, donde está el mundo; es decir, Baguú. Es la oración ofrecida ante la guerra y los prisioneros. Igual puede ser la repetición incesante del nombre, “el sonido (innumerable, infinito) como paso de felpa”, o la música, “el murmullo de una espada rompiendo el hueso”.

Lo anterior implica que el poeta actúa sobre los objetos y el mundo para transformarlos o recrearlos. Todas las grandes fuerzas de la naturaleza y las emociones humanas tienen sus opuestos, por los cuales se definen en parte. Muchas tradiciones orientales sostienen que los opuestos aparecieron cuando la única realidad verdadera se fragmentó en una aparente desunión para crear el mundo de las formas: cada fragmento es incompleto en sí mismo y aspira a unirse de nuevo con el todo del que procede. Los opuestos, y el mundo material que constituyen, son una realidad subjetiva. La poesía puede ver más allá de ellos la unidad, que es su auténtica naturaleza, porque los opuestos nacen de la misma fuente y la totalidad de la creación sigue siendo verdaderamente una. Cuando el autor dice que todo por fuera de Baguú es ilusión y pesadilla, está definiendo un enfrentamiento. Lo mismo cuando se le adjudica a la palabra la transmisión del error, la suerte de un “oficio sagrado y doloroso” al mismo tiempo:

*Los primeros días repetí el nombre hasta rodar por él, hasta hundirme en sus cinco letras de mantquilla y tafetán. Baguú, Baguú, Baguú. Y entonces el sueño, el deseo inevitable que cerraba mis ojos y disminuía el ritmo de mi sangre. Caía. Caí sin defensas. El nombre es la primera y mejor arma. Cada uno es Baguú. Baguú es perfecto en cada rostro, en*

*cada gesto aislado. Uno al principio no comprende. Después el golpe entre los ojos te despierta a una realidad fantástica, a un espacio y tiempo que creías perdidos. La palabra es confusión.*

Un mundo que está poblado de “seres imbeciles y rijosos”, de dolor y desesperanza y ante el cual el poeta siente asco, “la sensación de estar pudriéndome”, rodeado de trampas, “de un miedo y un ansia antiguos”, de un destino inexorable, “el terror que se adueñará de tus miembros”. Sin embargo, el poeta tratará de “entender las razones que soportan este universo oscuro” y exclamará:

*Resistiré. Recordaré los rostros amados, las sonrisas, mi pueblo es otro. No dejaré que mi sangre se condense en la idiotéz. Viviré.*

De distintas maneras y procederes, la poesía de *Voces de Baguú* se mueve dentro de la reflexión, oposición y enlace, momentos de la creación poética. La reflexión es el modo en que es ejercida la acción, el hacer del sujeto y del verbo. La oposición es la confrontación de las fuerzas o voluntades que se dan dentro del poema y que son posibles por su diferenciación mutua. Los elementos que pugnan se expanden o contraen durante el enfrentamiento (caos-armonía, vida-muerte, luz-oscuridad, y tantos otros), todo ello gracias a que la poesía es posible mediante el drama, la tensión y la pulsión. Al afirmar el autor que después de la devoración viene el vómito, sentencia el movimiento eterno:

*Lo vomitado crece hasta semejar la materia original. Todo es igual, bajo otro aspecto. Se necesitan buenos ojos y excelente sangre para advertir los vivos detrás de tantos muertos. Pero ahí están ellos, ordenándose en este nuevo ciclo, repitiendo a su manera una historia que no cesa.*

La intensidad (fuerza, afán, ilusión y pasión) se une a los tres elementos mencionados. Las contradiccio-

nes se originan dentro del inconsciente del creador o en su relación con el mundo externo, y son tratadas dentro de la obra.

A la poesía le importa su raíz utópica, su hogar espiritual, pero igual le concierne la historia y el mundo que la rodea, los cuales, juntos, van a dispensar al sujeto de las tensiones propias de la creación. Es el paso continuo, de ida y vuelta, que va de lo interno a lo externo y viceversa. La poesía es una forma de conocer la realidad y a la vez se comporta como un “sueño utópico colectivo” que ha proseguido a través de la historia.

Porque más que decir lo real, el lenguaje poético debe expresar el alumbramiento de lo verdadero, el desmascaramiento de la falsa ilusión, del espejismo de lo inmediato.

*Voces de Baguú* busca la creación de un objeto desconocido hasta el momento, el cual, sin embargo, y desde ya, posee una realidad y una verdad interior, es decir, la supresión de lo desconocido, un límite lejano al que nos aproximamos y que se realiza a través de los descubrimientos parciales. La poesía pretende la soberanía sobre el mundo de cada creador, gracias a su vocación espiritual y a sus posibilidades infinitas, tal como lo expresa otra vez el poeta:

*La vida se extiende como un dios sobre las pieles. Florece y arde. Trepas y se sumerge. Cae. Ordena su pico para cantar más alto, pule sus escamas y se lanza al vacío hasta dar con él. Nunca creará otra cosa.*

Los rasgos espirituales se hallan alojados dentro del hombre, conjunto de la experiencia entrañable que trasciende, se hace obra. Entonces la poesía se concibe como sustancia consciente que se aloja en el interior (primero es una sustancia extraña y desconocida, pero luego se torna conocida, debido a su aprehensión, discernimiento e interiorización profunda), gracias al proceso de exteriorización. Lo que era sustancia potencial, de esta ma-

nera se vuelve actividad, acción, logro, realización; es decir, hecho poético. La actividad consiste en imprimir su huella, su forma sobre los objetos y su contenido. Es que la poesía de *Voces de Baguú*, tercer libro de Alberto Vélez, se torna acto, verbo, poder, suma brevedad, un designio que no nace de la sangre sino que viene de lo “más alto”.

GABRIEL ARTURO CASTRO

## Lenguaje hábil, ingenuidad persistente

### Pistoleros / putas y dementes

Efraim Medina Reyes  
Editorial Planeta, Bogotá, 2005,  
93 págs.

Efraim Medina Reyes ha sido llamado “nuestro superhéroe”, y esa frase es feliz y deliberadamente ambigua, porque, por un lado, alude al hecho de que uno de los mundos en que este escritor habita es el del cómic (*Batman y Robin* y la *Pantera Rosa* figuran entre los títulos de dos de sus cuatro novelas publicadas hasta la fecha); y, por otro, señala a Medina como el protagonista de una hermosa historia: la del muchacho pobre de barriada que logra hacerse rico y famoso, no a través del boxeo (como algunos, en su Cartagena natal, de entre tantos que se dedican a este deporte, que él, por cierto, también practicó), sino a través del oficio que más envidia y menos perdona la clase de los ricos y famosos de cuna: el de artista literario.

Medina, como autor que —por una inclinación debida a su temperamento y a su gusto personal— se ha ubicado fuera del centro, en la periferia de la irreverencia y la contracultura, rinde culto, desde luego, al fracaso (no en vano esa empresa, real o ficticia, a la que atribuye la

producción de varios de sus proyectos artísticos, se llama *Fracaso Ltda.*). Pero la vida le ha jugado una mala pasada: lo ha convertido en un hombre de éxito, en una estrella de los *mass media*, incluidas las revistas del corazón.

Si no, fíjense: en un lapso de menos de cinco años pasó de ser un narrador sólo conocido en los (estrechos y casi secretos) círculos intelectuales del país, a un autor de novelas con excelente rotación en las librerías, publicadas por prestigiosas editoriales multinacionales y traducidas a otros idiomas; un autor con agente literario, invitado a encuentros de letras en muchos países, jurado en el Festival de Cine de Venecia y radicado en Italia con mujer italiana: nuestro superhéroe.

Pero Medina, desdeñando todo ello, como si esa nueva vida fuese sólo un falso destino adherido artificialmente al que es el suyo de verdad —el más íntimo, el más profundo—, continúa expresándose en sus libros como un marginal iracundo y desadaptado. Prueba de tal cosa la constituye este reciente volumen de gran formato, en el que nos ofrece una selección de sus “más grandes impactos” poéticos: *Pistoleros / putas y dementes*.



Se trata de una serie de “pequeños poemas en prosa” sobre los más diversos temas, una *varia lección* a la que el autor trata de darle un orden, clasificándola en tres secciones: *Traseros asesinos*, *El gusano metafísico* y *Club de pistoleros*. Como lo sugieren sus títulos, en la primera predominan los poemas de